



Desmenuzando libros a la vuelta de uno de los “bolos”.

Siempre digo que desde que tengo uso de razón he querido ser librera. Cuando me perdía, en mi ciudad natal en Alemania, me tenían que buscar en la librería del lugar. Antes, sin embargo, me vida tuvo que dar algunas vueltas (estudios en Alemania y Estados Unidos; secretaria en una empresa de vinos de Jerez...). Cuando, por circunstancias, aterricé en Valencia en 1979, uno de mis primeros caminos me llevó a la entonces librería de mujeres DONA donde, durante años, estuve colaborando mientras trataba de ganarme el pan (y el queso y el vino) trabajando como “azafata de feria”, intérprete, traductora, dando clases de inglés y alemán etc. En DONA aprendí algunas nociones básicas del oficio y, sobre todo, entré en contacto con el “ecosistema” feminista de Valencia. Cuando DONA cerró y se traspasaba el local de una librería infantil, un grupo de mujeres (y un varón) nos lanzamos y montamos SAL DE CASA (“sal de casa y vota NO” decía el eslogan del referéndum contra la OTAN por aquel entonces: tú estarías en párvul@s...). Fue lo que he llegado a denominar una “librería de mujeres de segunda época”: tras una primera época, en que las librerías de mujeres eran despacho de abogadas, lugar de reuniones, agenda de direcciones (para abortar, entre otras), muy vinculada a la lucha feminista, estas funciones fueron asumidas, en mayor o menor medida, por las instituciones y las librerías de mujeres se dedicaron más a vender libros. Lo que significaba que tuvo que haber una mayor profesionalidad. Es una constante que he

observado en todas las librerías de mujeres: Madrid, Barcelona, Valencia. En todos esos sitios hubo un cambio en cierto momento y nació una librería nueva, con otra gente y mayor voluntad de profesionalidad.

SAL DE CASA duró nueve años, nueve fantásticos y duros años. Después la gente que formábamos el grupo (y yo) optamos por tomar caminos distintos. Yo seguía infectada por el virus de los libros, libros de mujeres. Pero el funcionamiento de una librería “normal” (con su horario interminable y fijo; sus entradas y devoluciones de libros; su “descapitalización” por el importante stock que hay que mantener: cualquier ganancia “desaparece” en las estanterías, en los libros acumulados allí, sobre todo si eres como yo una sentimental y te cuesta separarte de ellos...; mi dificultad para trabajar en equipo o delegar) me llevaron a “inventarme” SIDECAR: una librería sin librería. Que sorteaba varios de los inconvenientes que pesaban y, sin embargo, me daba la posibilidad de seguir disfrutando de lo que más me gustaba (y gusta): poder vender libros, libros de mujeres. Porque me encanta leer, compartir mis pasiones, recomendar, hacer llegar el libro adecuado a cada cual, pero me gusta VENDER. Es decir, el máximo cumplido es que vienes a por un libro y te llevas cuatro.

SIDECAR es un proyecto unipersonal, para bien y para mal. Somos —como suelo decir— mi Honda y yo. Leyendo catálogos y boletines de las editoriales y recorriendo almacenes de distribuidores me entero de las novedades. A partir de allí las reseño en la “cartita” (un boletín de novedades que confecciono periódicamente) o, si fuera menester, las leo. Por correo o teléfono la gente me encarga estas u otras publicaciones. En Valencia, llevo los libros en mano (con ayuda de mi moto), en el resto de España los mando por correo. Trabajo con algunas bibliotecas especializadas (entre ellas, el centro de documentación María Zambrano del IAM) y, sobre todo, me presento en jornadas, ciclos de conferencias, presentaciones, ferias con una mesa de libros. Ejemplos: Feria del libro de Valencia; en una (sonada y maravillosa) ocasión, en la de Granada; desde hace doce años, los encuentros de formación feminista del IAM en Baeza; encuentro feminista estatal de Córdoba (2000) y Granada (2009); feria internacional de empresas de mujeres FIDEM en Granada (1999); escuela de verano de mujeres de UGT en Córdoba (durante varios años); jornadas de políticas lésbicas en Valencia (2005) y Donostia (2007); seminario de la Plataforma Andaluza de Apoyo al Lobby Europeo de Mujeres en Córdoba (2010); etc.

Trabajo, sin horario, desde casa (una casa minúscula ATESTADA de libros y papeles). Cuando se trata de hacer “bolos” (viajes en que hay que transportar cajas y cajas) tengo la impagable ayuda de una amiga con furgoneta. En la feria me ayudan las amigas. El día a día me lo toreo sola, ya lo dije, para bien y para mal. Aun así, tengo la sensación de mucha mayor libertad y calidad de vida que antes, porque el horario caótico me permite tomarme unos días cuando yo lo decida.

Me preguntas por otras pasiones. En otro tiempo, habría dicho “viajar”, pero hace tiempo que no hago ningún viaje de los que te cambian la mirada (como he hecho a Perú y Bolivia, y a Guatemala y México), sólo pequeñas excursiones a lugares más o menos civilizados. Lo que hace años me acompaña es la música, que compite en mi corazón con la lectura. El flamenco, sobre todo, pero también las “músicas del mundo” como ahora se llaman, el rock, el jazz, algo de clásica (sin gran conocimiento). Debería decir, pues, mi casa minúscula atestada de libros, papeles y CD's. Porque además, con y sin la ley Sinde, soy de las que COMPRAN CD's, por el placer del objeto y la calidad de la grabación.

De hecho, la música es también el enlace con mi única actividad feminista “organizada” (¿acaso te parece poca cosa vender libros de mujeres desde hace casi treinta años?): toco el surdo (el tambor grande) en la LesbianBanda, un grupo de mujeres feministas lesbianas que tocan el tambor, en manifestaciones, concentraciones y otros actos de índole política y reivindicativa, como una manera contundente de decir “aquí estamos, ésta es nuestra voz”. En el blog he colgado un video, si quieres mirarlo.

Un comentario acerca del blog: pertenezco a la generación analógica de librer@s y por mucho que me lucro de las nuevas tecnologías (como instrumento de comunicación e información), no termino de creérmelas como herramienta útil de venta; pienso que donde hay el contacto directo, que se quite todo lo demás y por tanto, no cuido demasiado el blog (sí la “cartita”) ni lo actualizo todo lo que tal vez debería.

Me preguntas si creo que sigue siendo necesaria una librería específica de mujeres. Pues claro. ¿Quién si no tiene que surtir con verdadero conocimiento de causa a las bibliotecas de mujeres de los ministerios etc.? Ya dije con anterioridad que creo que una parte de las funciones “sociales” de las librerías de primera época han sido desplazadas a las instituciones u otros grupos. Pero sigue siendo un lugar de encuentro (la mía no, claro), de enlace, más aglutinador y más desprejuiciado que cualquier otro. Y tiene, conoce, mima una parte concreta del inabarcable alud de publicaciones que en una librería generalista y grande se pierde, se esconde, desaparece. Cualquier especialización me parece favorable, sea de libros de cine, o de agricultura, o de cómic, o del mundo árabe. Y veo la especialización nuestra en estos términos, más que como una acción de lucha social.

Me preguntas por mis dificultades. Algunas las comparto con cualquier librería pequeña: la centralización y deslocalización redundan en que hay un constante ir y venir de paquetes y los gastos derivados recaen sobre los pequeños si no alcanzas un mínimo. El cual es difícil de alcanzar en muchos momentos. Luego, el mundo editorial cada vez más apuesta únicamente por las novedades y no cuida el “fondo”. Cualquier libro que tenga más de un año es “viejísimos” y difícil de conseguir. En

algunos casos, ya descatalogado. Los intermediarios (“distribuidores”, una figura entre la editorial y la librería) trabajan cada vez peor, también ellos apostando por la venta rápida, fácil y masiva y no cuidando el stock. Una dificultad añadida, en mi caso, es el hecho de que soy “invisible”, al no tener lugar físico de venta. Me suelen “olvidar”, a la hora de una promoción, asignación de novedades, comunicación de información, etc. Estoy fuera del “protocolo”, una rara avis, y no saben qué hacer conmigo. Sin embargo, creo que al haber montado SIDECAR hace ya catorce años he encontrado una gran fórmula de supervivencia en este mundo de tiburones grandes de tiendas multimedia y horarios imposibles. Puedo centrarme mucho más en lo placentero de mi trabajo, sin las tediosas faenas rutinarias de entradas y devolución, limpieza, una contabilidad más compleja, etc. Echo de menos esos encuentros tan estimulantes con gente que viene porque trabaja sobre un tema concreto o porque está de paso desde México o Estocolmo, o Jaén, y con la que enganchas una conversación maravillosa. Y celebro, cada día, la libertad que me ofrece mi manera de hacer las cosas y que me permite estar trabajando a las cuatro de la madrugada o un domingo por la mañana, e irme de fin de semana un miércoles...

¿Autoempleo? Y con mucha honra. ¿Vocación? Por supuesto. ¿Lucrativo? Vamos a dejarlo en “viable”, que ya me parece mucho. Y además, sarna con gusto no pica: adoro lo que estoy haciendo (con las salvedades antes mencionadas).

Finalmente, un libro. Estoy montando en este momento la cartita número cien que quiero que sea una cartita elaborada entre mucha gente, bajo el epígrafe de “ese libro que te llevarías a una isla desierta”. Y claro, también me lo he preguntado a mí misma. Seguramente me llevaría a Adrienne Rich, sus ensayos (*Sobre mentiras, secretos y silencios*) y su poesía. Ella, como nadie y mucho más allá del eslogan feminista, encarna aquello que “lo personal es político”, ambos conceptos intrínsecamente enmarañados. Me llevaría *Terremoto*, de Sheila Ortiz Taylor, por ser el primer libro que traduje que es una manera muy, muy intensa de leer. Y aunque suene a perogrullada, me llevaría un diccionario (adorada, inacabable María Moliner) porque adoro las palabras. Por si no ha quedado claro...

Nota: Este pequeño texto nació como contestación a una serie de preguntas de Laura León para la revista *Meridiam*; de ahí su estructura.